



José Quintanal Díaz

POESÍA

Crepúsculo

Amanece.
La noche se despereza,
borrando en el horizonte
la negritud de su encierro
con la levedad del primer rayo.
Es un instante,
que atraviesa el silencio,
sin romper su solemnidad;
sutil, asoma el crepúsculo.
Así, mientras,
en su lejanía, la aurora
exhala refulgente
su bocanada de color:
rojo, naranja, azul, blanco...
Alborada
de inocencia infantil,
que diluye con suavidad,
todo resto de penumbra.
Clarea la mañana,
conformando un día,
que parece discurrir
armonioso, mostrando
fulguroso, no sin altivez,
cualquier señal de inquietud
bajo el manto de nubes
que lo cubre de tal guisa.
La jornada avanza serena,
llevando de la mano,
al sol, un tanto nervioso:
pues a su paso, va perdiendo,
unos pocos rayos otoñales.
Puntual, llega al cenit.
Luego ya,
con un poco de sopor,
transcurre, de nuevo,
el tiempo, perezoso,
sesteando, sosegado,
encorvándose levemente,
anunciando un tardeo,
que un tanto inquieto,
le permitirá alcanzar

la inevitable plenitud,
que llega cargada
de sabiduría y de vida.
Una premonición,
que nos alerta y dispone
a la contemplación:
nada hay que mayor
seguridad genere. Nada.
Sin embargo,
aún falta lo mejor:
prácticamente, sin dilación,
aparecerá, inesperado y
deseado,
fiel a su cita,
ese punto preciso del infinito,
en el que, podremos
admirar la caída
tenue del atardecer.
Acucia su llamarada,
chisporrotea de nuevo
el juego del color:
azul, blanco, naranja, rojo,...
Inquietos, ansiosos,
con sumo interés,
nos apostaremos,
hieráticos,
frente a ese foco de luz
que nos deslumbra,
esperando a ver,
cómo el día se recuesta
lento, con cálida parsimonia,
abrazando el tiempo,
asido a una esperanza que
despacio, se irá apagando,
hasta acabar por dejar,
indeleble,
en su lugar, otra noche,
que nos vuelva a rutilar,
en el horizonte,
un nuevo crepúsculo,
de vida efímera.

Santander, 11 mayo 2025